

# 259 saltos, uno inmortal

Alicia Kozameh

Extracto del libro  
(salto 206)

Porque a veces la palabra sobrevive.

Había una vez, por esos años de demencia y espanto, un escritor que no fue asesinado. No fue asesinado porque el día anterior al que estaba establecido para dispararle un tiro, o muchos, en la calle, o en su propia casa, logró caber en un avión, atravesar los más anchos océanos, e instalarse en otro país. En otro país de este mismo mundo.

Es decir, no fue tan sencillo. Varios países lo angustiaron primero, hasta que decidió que en uno, determinado, quizá, por las cercanías lingüísticas, de comunicación, de herencias, los niveles de desasosiego se reducirían. Y era verdad. El escritor tenía proverbial claridad sobre la importancia de la palabra que puede ser mejor expresada: la que pertenece al propio idioma. Y aceptó la realidad de que ese lugar del planeta le permitiría involucrar sus impulsos vitales solamente en la literatura, además de lo que de eso se llevan las instancias cotidianas. No necesitaría comprometer el humor en el aprendizaje y las apocalipsis de otra lengua. Tenía razón. Lo comprobó. Allí podía hablar, podía escribir, llorar, disfrutar de cierto contento sexual, seducir, mentir, expresar las más indispensables verdades, todo en su propio idioma. Podía, también, recibir noticias de su país a través de los diarios. Y así fue. Se acomodó y empezó a (por utilizar alguna palabra, porque de alguna

manera hay que tratar de expresar el fenómeno) aclimatarse. Entre otros elementos destinados a fundar algún contacto con la realidad, adquirió un perro. Un cachorrito. Y el cachorrito daba vueltas alrededor de los pies del escritor mientras este hincaba los codos en la resistencia de su escritorio de roble. Y un día llegaron, efectivamente, noticias de su país. La noticia fue que acababa de desaparecer su hijo. Que en su país los criminales en el poder habían arrestado y hecho desaparecer a su hijo. El hijo no era un niño. Era un hombre joven, inteligente, sensible, preocupado por la vida. El escritor entró en la desesperación. Y porque todavía no se había iniciado en la fase del llanto, gritó. Gritó y destrozó cosas, supongo, insultó y pataleó en diferentes direcciones. Y ahí estaba el cachorrito a sus pies, que recibió una de las muchas patadas. Una de las fuertes. De las definitivas. Tanto que, en cierto momento, y casi sin siquiera un gemido, dejó de moverse.

Años después el escritor, ya en otro lugar del mundo y todavía exiliado, lloró, reconstruyó el episodio como uno de los más horrendos de su vida.

El exilio, querido escritor, querido, es aquella silla sobre la que tus glúteos se apretaban, fuertes, inquietos, para darle motor y celeridad a la sucesión de letras que iban siendo seleccionadas, a las palabras que iban siendo dichas. Exilio es la costilla, el fémur del cachorro, titilando, fosforescentes, en la oscuridad nunca absoluta de nuestras desesperaciones. Exilio es el calcio de esos huesos integrándose involuntariamente a los beneficios de la tierra, de esa tierra que no es la que nos vio nacer, que no es la que recibió con o sin indiferencia las vibraciones de nuestros primeros pasos, ni la que absorbió nuestros primeros orines de emergencia. Quizá, eso sí, nuestros segundos, nuestros terceros. En algunos casos nuestros últimos. Exilio es, compañero, esa hilera de papelitos de

colores que armamos jugando con las manos, pensativos. O ese orden por tamaños que les damos sobre el escritorio a los lápices que usamos cada día para esbozar nuestros aterrizajes literarios. O esa otra hilera, la de los cadáveres que acumulamos en nuestros interiores: el cadáver del tomate que tragamos con la última milanesa a la napolitana. El de la margarita que, de todos modos, bastante tiempo duró en el florero de vidrio transparente. El del último libro leído, quieto, ahora, tan quieto en los estantes. El del último libro escrito, recientemente terminado, porque ese es el vértigo y el dolor de la palabra produciéndose, ese es su recorrido: ni bien ha visto la luz, descansa, muerta, como las mariposas o como las fotos en el álbum al que se las había destinado. Esperando, quién sabe, alguna forma de resurrección. El cadáver del hijo, el de la idea pronunciada, el de la madera que se utilizó para construir la cama de tus sueños. El de la madera que constituyó el respaldo de la cama sobre la que dormiste y escribiste, en la que acariciaste unos tobillos, una oreja, y que fue minuciosamente consumida en un incendio de algún año.

Exilio es el renacimiento de la palabra que fue un día concebida, ¿te acordás?, mirada con afecto, acariciada, besada con los dientes, chupada, destrozada a besos, violada sucesivamente, asesinada y depositada, al fin, sobre la tradicional blancura antes libre de culpas y de penas, antes ingenua, virgen, antes sin signos de demencia, sin vestigios de sombras ni de amores. Exilio es, también, y más que nada, la reaparición de la palabra dibujada con todos esos líquidos del cuerpo.

Exilio es la vida entera. Cada palabra que nos ha habitado, que nos consume, que nos dispersa en el mundo y que nos acumula en el enorme recipiente de los grandes deseos y que nos vierte, de a poco, en los vasos de diferentes cristales, diseños desde los que iremos siendo consumidos.

